



De la inquietante extrañeza ante la ambigüedad

Liliana Denicola: Buenos Aires, Argentina, agosto 2020.

Nos hemos interrogado sobre las consecuencias que en el desarrollo de un análisis produce la identidad sexual que el analista otorga a su paciente y cómo y cuánto la imagen apoyada en lo sensorial está sostenida por el prejuicio y, fundamentalmente, si esta impronta formará parte de las resistencias del analista.

En época de enunciados que tienden a una aceptación de sexualidades que se constituyen más allá del determinismo dado por la biología, se cuestiona entonces qué ocurre en nuestra práctica, cuyo dispositivo se halla basado en la abstinencia sensorial. En el intento de limitar la llegada de señales que orienten al analista hacia enjuiciamientos en su escucha, podemos exigir sólo la escucha de la palabra; sabemos que esto es imposible pues hay momentos de encuentro con la imagen del paciente, por ejemplo en un principio de la sesión y al final de la misma.

¿Qué es la ambigüedad? Este término nos evoca indefinición, oscilación, inconsistencia que a la mirada de un Otro producirá contradicción, confusión ambivalencia, como efecto de lo no identificable, una inquietud que estará en consonancia con la angustia de castración.

Una particular característica en el funcionamiento de nuestro pensamiento, bajo la presión del encuentro con indicios, es la tendencia a la clasificación. Se gana con ella certidumbres, con las que nos manejamos frente a la diversidad de estímulos que nos llegan del entorno y que servirán de base a prejuicios y creencias, y en consecuencia a resistencias en nuestro hacer analítico. Prontamente necesitamos ubicar a quien está ante nosotros como perteneciente a uno de los términos con que solemos manejar la sexualidad.

La franja social de púberes y adolescentes, cuando aún en ellos la elección del objeto no se ha instaurado, expone con contundencia estas ambigüedades. La adolescencia traduce las paradojas de la sexualidad, casi sin excepción en todas las épocas y más aun en la actual, en que la ambigüedad, la falta de certezas con seguridades inseguras y certezas inciertas, constituyen una particularidad, podemos arriesgar, de la cultura de nuestra época.

La atmósfera de ambigüedad determina un particular malestar donde el yo vacila ante ideales imprecisos. No hace tanto apelábamos en nuestra percepción a insignias consensuadas sobre el tipo de sexo al que pertenecía nuestro semejante, junto a un soporte biológico que creíamos las sustentaba. En distintas épocas se oyeron voces en que tales certezas fueron cuestionadas, pero en la nuestra parecieran extremarse tales posiciones. La ciencia acompaña descubriendo posibilidades de cambio para aquello que parecía inmutable en su contundencia, que era la biología, presentándose entonces ambigüedades y estados de movimiento hacia uno u otro sexo sin una definición plena.

Para el psicoanálisis, la sexuación es una travesía con diferentes avatares que tiene como factor



FRONTERAS
33º CONGRESO
LATINOAMERICANO
DE PSICOANALISIS

PRIMER CONGRESO
VIRTUAL FEPAL 2020

OCTUBRE
2020



importante los dos tiempos de arranque con un entretiem po cubierto por un manto de silencio que finaliza con una posición del sujeto frente al goce. Para Freud el yo busca la síntesis, una relación de fuerzas entre las exigencias pulsionales y las inhibiciones que las contrarrestan (más las vías de sublimación disponibles), y alineada a ello la neurosis, por otra parte, apela a la sincronía. Lacan trató de ir más allá de la lógica fálico castrado, a poría que le ofrecía a Freud la mujer en cuanto a su goce. La resignación de uno de los polos y su consiguiente represión conducirá en el final del complejo a la elección de un objeto y a una mirada sobre sí mismo con las menores incongruencias. La neurosis persiste en el narcisismo y, rebelde a la pérdida, a lo faltante, recurre a la solución de una imagen sin fisuras, objetivo de por sí imposible y donde se ve afectado el individuo como sujeto deseante. La inquietante extrañeza es cómo nos afecta y genera un sentimiento la percepción de lo ominoso, aquello que es familiar y a la vez ajeno. Aquello íntimo que nos interpela con un *tú desde una exterioridad* en lo que reconocemos algo familiar. La omnipresencia precipita al sujeto en la inquietante extrañeza y es la posibilidad de enmarcar eso horripilante, lúgubre e innombrable, lo que salva al sujeto con el soporte-marco de la fantasía. La omnipresencia del objeto, no su falta, despunta la inquietante extrañeza y de allí a la angustia si no encuentra el marco de la fantasía. La imagen con intención de plenitud acarrea a su presentación una extrañeza que se corresponde con la percepción de la presencia donde algo debía faltar. La indefinición a la que nos referimos es la de un narcisismo que sortea la radical presencia del órgano masculino. La indeterminación sobre todo interpela. La ambigüedad da lugar a admitir distintas interpretaciones y como consecuencia genera incertidumbre y confusión. El inconsciente ignora la diferencia sexual y esta ambigüedad remite a un narcisismo primario absoluto, por ello Freud elige hablar de posiciones del sujeto frente al goce, más que de sexualidades.